

Max Aub

LOS MUERTOS



Una obra sobre la vida, la muerte y la vejez, y el sentido de todo ello en relación a las decisiones que tomamos a lo largo del camino.

En esta obra aparece uno de los personajes más logrados de Max Aub: Matilde. Es tan grande, que alcanza la universalidad. Quizá por eso comparte rasgos con la doña Rosita de Federico García Lorca, con Margarita Xirgu, la señorita de Trevélez de Carlos Arniches o con tantas solteras solitarias de Jacinto Benavente.

LOS MUERTOS

ADVERTENCIA

Escribí el primer acto de Los muertos en 1945. Se publicó en 1948, en el número 6 de Sala de espera. Siempre quise darle continuación. Es manía: hice lo mismo con Espejo de Avaricia. Aunque una obra acabe con la muerte del protagonista siempre me queda la duda de qué va a suceder después, y no sólo con mis personajes. Luis Álvarez Petreña puede, en prosa, abonar acerca de ello; no es cuestión de favores. En cuanto a Los muertos, pasó el tiempo; escribí lo que hoy publico hacia 1963 (creo). No recuerdo si me gustó o no, pero si se me olvidó, por algo sería. Se interpusieron viajes. Hasta tal punto se me borró de la memoria lo hecho que en conversaciones con jóvenes norteamericanos en el mal de tesis, estos últimos años, siempre citaba Los muertos como ejemplo de obra que hubiese querido y no podía continuar y rematar.

Removiendo papeles di con esta versión que seguramente por el paso de los años no me ha parecido mal.

La publico como hice siempre con mi teatro, sin esperar a ver si la obra se puede estrenar; por falta de tiempo y gusto de hacer vida de autor dramático. Ni cuando estuve en edad me dio por acosar empresarios, hacerle la zalá a actores y actrices, procurar financiamientos, compartir dimes y diretes, soportar rupturas, arreglos, chismes, enojos, rabetas, decoradores, directores, músicos, tiempo, ensayos, desvelos, dudas. Si a alguien le gusta una de mis obras, que la monte. Si no, duerma la paz de su tinta. Me tiene sin cuidado. De Los muertos me importa Matilde porque, sin querer, tenemos cierto aire de familia, aunque ella

era de pueblo. Posiblemente dirán que recuerda a doña Rosita, la de Federico García Lorca –que tiene diez años más que ella– y hasta podrían encontrar una fotografía, hecha en Barcelona, donde estoy al lado de Margarita Xirgu durante su lectura. No sé por qué se ha de parecer más a ella que a la señorita de Trevélez, de don Carlos Arniches o tantas solteronas y solitarias de Jacinto Benavente. ¡Bah! Es un tipo de mujer latina bastante corriente a fines del siglo XIX y durante la primera mitad del XX. Si no me importa la fecha, tampoco el lugar: la obra puede suceder lo mismo en un poblachón español que en uno italiano, brasilero o mexicano en el que haya un Instituto de Segunda Enseñanza. Se hallará hasta una referencia de la bomba atómica. Para los jóvenes de hoy siempre existió. Que las empleen o no es otro problema, precisamente el de existir. Por eso *Los muertos* no tenía otra salida que algo muy parecido a la «antesala» de Sartre. Aquí la hay, una vez más todos los caminos conducen a la Roma particular de cada quien. Quisiera no tener razón y que el azar y la suerte contaran más.

Mi teatro no ha tenido suerte. En España, al principio, era demasiado de «vanguardia». Luego, el de mayor envergadura, no interesó en México porque, en general, necesitaba muchos actores; sin contar que yo no era ni nacional ni extranjero –lo que ¡ay!, cuenta–. Por eso mismo, tanto me da que el director (si a tanto llegaran a tener estas páginas muertas) cambie acentos y tiempos y los nombres naturales de las cosas según el lugar donde se representen. Escrito está como sucedido en España. Si se hiciera en Chile póngase «empleada» en vez de «criada»; y «muca-ma», si en Cuba; empléese la tercera persona, en México, en vez de la segunda del plural.

Sigo en mis trece de no hacer los ejercicios necesarios para estrenar (ni actor, ni perdedor de tiempo, ni financiero). Sigo siendo un triste tendero de siglos pasados que cree que «el buen paño en el arca se vende». Sí, se vende;

pero por palmos y muy poco a poco y uno tiene que consolarse con las historias de la literatura y los diccionarios. Acabó en tinta, prensado en estantes, con la cabeza llena de polvo; en un nicho, al fin y al cabo. Me perdí salir a saludar al final de la obra. Lo siento.

Y ya.

M.A.

LOS PERSONAJES

MATILDE

ACACIA

MARCELINA

PEDRO

PRECLARO

EL JOVEN

EL TRAMOYISTA

HIJO PRIMERO

HIJO SEGUNDO

HIJO TERCERO

EL SEÑOR CURA

EL CAPITÁN

EL ENANO

OTROS HIJOS, OTROS TRAMOYISTAS

ESCENA

Una sala de estar, limpia y emperifollada. Una mesa de centro, con un búcaro y flores artificiales. Dos mecedoras. Dos consolas de ébano y mármol blanco. Una cómoda. Ampliaciones fotográficas de la familia. Un sagrado Corazón de Jesús. El balcón del fondo –estamos en un entrepiso– tiene sus cortinas blancas, artísticamente recogidas. Unas esterillas japonesas. Un piano vertical, con porcelanitas, que, por otra parte, tampoco faltan aquí y allá; alguna rinconera colgada. Palmeras verdaderas y falsas. Para la luz, cuelga un globo amarillento, con flores moradas, muy pintadas.

ACTO I

Es el atardecer de un caluroso día de verano, en una capital de provincia española.

Matilde, que ya tiene sus sesenta años, se abanica rápidamente, sentada en su mecedora, cerca del balcón. El ruido del palmito al chocar contra su pecho y el cerrarse veloz del mismo, en su mano, es lo único que se oye. Luego pasa alguien por la calle.

MATILDE: ¡Adiós, Marianito!

(Entra Acacia, criada que se parece a su ama. Matilde, sin moverse, se da cuenta de su presencia.)

MATILDE: ¿Viste pasar a las de la esquina?

ACACIA: Claro.

MATILDE: ¡A los cuatro meses de la muerte de su padre, que en paz descanse! Porque, lo que es a estas horas, no volvían de la iglesia.

(Acacia se encoge de hombros. Posiblemente es de manga más ancha. Hay una pausa. Luego sigue Matilde a través del aleteo de su abanico.)

MATILDE: ¿Acabaste de planchar?

ACACIA: Si no, ¿estaría aquí? Y eso que he sudado la gota gorda.

(Acacia se sienta en el bordillo de la reja. Así hablan todas las tardes, a esas horas, ama y criada.)

MATILDE: La sábana de abajo ya no está para nada.

ACACIA: Se le puede poner un remiendo.

MATILDE: Quizá no valga la pena.

ACACIA: Usted siempre tan espléndida. *(Se asoma a la calle.)* Ahí viene Vicente con su novia.

MATILDE, *muy interesada*: ¿Solos?

ACACIA: Casi.

MATILDE: ¿Con la tía perlática?

ACACIA: Sí.

(Debe pasar alguien más, porque Matilde saluda.)

MATILDE: Adiós, don Salvador.

ACACIA: Usted lo pase bien... Todavía anda bien plantado.

MATILDE: Es que siempre fue un real mozo.

ACACIA: ¡Doña Matilde! ¡Si la oyeran!

MATILDE: ¡Bah, a mis años!

ACACIA: ¿Qué diría Don preclaro?

MATILDE: Ése ya no dice nada.

ACACIA: ¿Qué viento ha soplado hoy?

MATILDE: A veces piensa una...

ACACIA: La verdad es que...

(Matilde suspira muy hondo. Ninguna de las dos acaba su frase. Se conocen demasiado.)

MATILDE: ¿Guardaste la manteleta?

ACACIA: Sí, señora.

MATILDE: ¿Con alcanforina?

ACACIA, *ofendida*: ¡Pues...!

MATILDE, *sudorosa*: ¡Qué poniente!

ACACIA, *echándose para atrás para ver por el balcón*: Ni una chispita de aire. Fíjese en la punta del álamo de don Ricardo.

MATILDE: No vale la pena moverse para verlo. Debe de estar como plomo. ¿Sacaste bastante agua?

ACACIA: Más fresca está en el pozo.

(Un hombre se para ante la reja.)

DON PEDRO: Buenas tardes, doña Matilde; buenas tardes, Acacia.

MATILDE: ¡Tan bueno por aquí! ¿Cómo está usted, don Pedro? ¡Qué agradable sorpresa! Se hace muy caro de ver. Pase usted.

ACACIA: Pase usted.

MATILDE: ¿No quiere usted pasar?

DON PEDRO: Muchas gracias. Muy agradecido. Pero... no estaría bien.

MATILDE: ¿Por qué?

DON PEDRO: ¿Entrar? ¿Yo, solo, en casa de una señorita?

MATILDE: Está Acacia.

DON PEDRO: No importa. Bien está lo que está bien.

MATILDE: ¡Don Pedro...! ¡A mis años!

DON PEDRO: ¡No tantos, no tantos, Matildita! Además, no deja usted de tener novio.

MATILDE: ¡Novio!

DON PEDRO: Y si no, ¿qué denominación tiene para usted mi amigo Preclaro?

MATILDE: Esa misma: un amigo.

DON PEDRO: Pero: ¿han reñido ustedes?

MATILDE: ¡Dios me libre!

DON PEDRO: ¿Entonces?

ACACIA: No le haga usted caso.

MATILDE: No se preocupe usted, don Pedro. Los más lo han ido olvidando. Los que todavía se acuerdan, se sonríen. Alguna vez, cuando viene un forastero, se lo cuentan, le enseñan la casa para divertirlo.

DON PEDRO: Eso son figuraciones suyas, Matildita.

MATILDE: No. Y además, créame, ya no me molesta. Desde luego no es una cosa corriente.

DON PEDRO: A esto se le llama hermosamente constancia.

ACACIA: Pero, pase usted don Pedro. Sin eso dirán que están ustedes pelando la pava.

DON PEDRO: ¡Estaría bueno que desbancara yo a Preclaro!
No, muchas gracias. Lo que sí le ruego es que le diga a mi estimado colega que mañana, a las nueve, tenemos reunión de claustro. Y que le quedaríamos muy agradecidos si no faltara.

MATILDE: Descuide. En cuanto llegue se lo diré.

DON PEDRO: Ya sabrá usted la noticia.

MATILDE: No. Sabe usted que salgo muy poco. ¿Para qué? Preclaro me cuenta todas las noches las novedades del día. Hace años que no compro el periódico.

DON PEDRO: ¿Se acuerda usted de Roberto Picavea?

MATILDE, *con voz un tanto trémula*: ¿Del capitán Picavea?

DON PEDRO: El mismo.

MATILDE: ¿Ha vuelto?

DON PEDRO: No.

MATILDE: ¿Le ha sucedido algo?

DON PEDRO: Falleció el pobre, creo que allá en los Brasiles o no sé dónde. Y ha dejado una manda importante para el instituto.

MATILDE, *tras una duda*: ¿No tenía familia?

DON PEDRO: Sí, creo que un hijo, pero nadie sabe dónde para.

(Una pausa corta.)

MATILDE: ¿Por qué no pasa usted, don Pedro?

ACACIA: Y nos cuenta lo que sepa...

DON PEDRO: No. Créame. Muchas gracias. Tengo que hacer.

ACACIA: Le esperan en la botica.

MATILDE: El tresillito...

DON PEDRO: Usted lo ha dicho. Beso a usted las manos, Matildita.

MATILDE: Beso a usted los pies, caballero.

DON PEDRO: Adiós, Acacia. Mis saludos a Preclaro.

(Don Pedro sigue calle adelante. Una pausa, que pesa.)

ACACIA: Don Roberto... Parece que fue ayer.

MATILDE: El capitán Picavea...

ACACIA: Bien que lo despreció usted.

MATILDE: Aquellas no eran maneras.

ACACIA: Aquel sí que era un real mozo.

MATILDE, *suspirando*: ¡Cómo le sentaba el uniforme!... ¡Un hijo! Tuvo un hijo. ¿De quién? ¿De aquella Margarita?

ACACIA: ¡Vaya usted a saber! Corrió tanto mundo. ¿Se acuerda usted cuando vino aquí por la noche, sin que nadie se enterara? ¡Qué susto!

MATILDE: Siempre me rondó la sospecha de que tuviste algo que ve con aquello.

ACACIA, *escandalizada*: ¿Yo?

MATILDE: A ti te gustaba.

ACACIA: Yo soy una criada.

MATILDE: Pero te gustaba.

ACACIA: También me gustan los relojes de la casa del suizo. Y allí está el cristal del escaparate para impedir cualquier antojo. Hay cosas que se ven, pero que no se tocan. Además, estaba enamorado de usted.

MATILDE: Pero yo tenía relaciones con Preclaro. ¿Cómo iba a dejarlo? ¡Buena es la gente! ¿Qué hubieran dicho? Si el capitán hubiese tenido paciencia... Yo no digo que, con el tiempo, no habría reñido, y luego, cinco o seis meses más tarde... cuando hubiese podido ser, de una manera decorosa y decente; entonces... entonces podía haberlo pensado... Las cosas requieren orden. Sin eso, ¿qué sería del mundo?

(De pronto piensa en otra cosa para ahuyentar los recuerdos.)

MATILDE: Trae la labor.

ACACIA: ¿El punto?

MATILDE: Los bolillos.

(Acacia se levanta, va a un lado del escenario y vuelve con un bolillero.)

MATILDE: Figúrate. ¡Yo, en el Brasil! Con indios de plumas y negros de todos colores... Tan lejos. Dios sabe en qué cabañas, sin luz. Del otro lado del mar. ¿Qué hubiese dicho la gente?

(Acacia le ha dado la labor a Matilde.)

MATILDE: Enciende.

(Acacia enciende la luz eléctrica, el globo no esparce demasiada claridad. A lo lejos se oye un manubrio. Matilde le da a los bolillos. Acacia vuelve a su sitio.)

MATILDE: Tuvo el atrevimiento de proponerme que me fuera con él... ¿Te acuerdas? Yo creí que eso sólo sucedía en las novelas...

ACACIA: Usted siempre fue bastante novelera.

MATILDE: Pero he sabido guardar las formas, a Dios gracias... Y era guapo, guapo, lo que se dice guapo. Un poco demasiado alto.

ACACIA: Un hombre nunca es demasiado alto. Usted también estaba bien.

MATILDE: ¿Tú crees que debí hacerle caso?

ACACIA: ¿De qué sirve hablar ahora de esas cosas?

MATILDE, *suspirando*: También tienes razón. Lo pasado, pasado; y a apechugar con lo de todos los días.

(Trabaja. Entra don Preclaro. Tiene sesenta años, bigote blanco y tripa.)

PRECLARO: ¿Da usted su permiso?

MATILDE: Pase usted, Preclaro.

PRECLARO: Buenas tardes. ¿Cómo está usted?

MATILDE: Bien, muchas gracias. ¿No le ha dolido la muela?

PRECLARO: No, gracias a Dios. Buenas tardes, Acacia.

ACACIA: Buenas las tenga usted, don Preclaro.

MATILDE: Siéntese.

PRECLARO: Muchas gracias.

(Preclaro se sienta a respetuosa distancia de su novia. El hombre es sencillo, nada ridículo.)

PRECLARO: ¿A los bolillos, hoy?

MATILDE: Hace una semana que no los cogía.

PRECLARO: ¿Acabó la bufanda?

MATILDE: No. Hay tiempo.

PRECLARO: Todavía tenemos calor para unas semanas.

(Acacia se levanta.)

MATILDE: ¿A dónde vas?

ACACIA: Creo que ya son bastante mayorcitos para que se les pueda dejar solos un momento. Y yo no necesito de nadie para ir a donde voy.

(Ante el exabrupto los dos viejos se quedan de piedra. Acacia sale.)

MATILDE: Esa Acacia... no aprenderá nunca. Es como Dios la ha hecho. Usted perdone.

PRECLARO: No se preocupe. La conozco.

MATILDE: Al cabo de los años...

(Una pausa. Matilde sigue haciendo encaje.)

PRECLARO: Cuando la veo trabajando así... me parece que el tiempo no ha pasado.

MATILDE: ¡Qué ilusiones!

PRECLARO: No tantas.

MATILDE, *amarga*: Con sólo cerrar los ojos...

PRECLARO: Para mí es como si fuese ayer.

MATILDE: Lo malo es que mañana será también como si fuese ayer.

PRECLARO: Hermosa frase. Muy profunda. Llena de filosofía. Es usted muy inteligente, Matilde.

MATILDE: No se burle.

PRECLARO: ¿Lo dice en serio?

MATILDE: No creo que hayamos hablado nunca en broma, Preclaro.

(Una pausa.)

PRECLARO: Matilde...

MATILDE: Usted dirá...

(Pausa.)

PRECLARO: Creo que deberíamos casarnos...

MATILDE: ¿Qué mosca le ha picado?

PRECLARO: En serio...

MATILDE: ¿A estas alturas? Ya no, mi pobre Preclaro. Seríamos la risa de todos. Gracias a Dios ya han olvidado que desde hace cuarenta años somos... novios, que fuimos novios. No vamos a recordárselo nosotros ahora...

PRECLARO: ¿Rehúsa usted?

MATILDE: Por Dios, compréndame usted... Además... ¿a qué santo? ¿Ha heredado? ¿Cuántos profesores han muerto de repente?

PRECLARO: No. No hay nada de eso... Es cierto que hace tiempo que no hablábamos de esta posibilidad. Pero, de todos modos... ¿se da usted cuenta, Matilde, de que si rehúsa contraer matrimonio, lógicamente debemos romper nuestras relaciones?

MATILDE: No sea usted bobo. Llega un momento en que todo se hace de piedra. ¿Qué finalidad tendría el que nos casáramos a estas fechas? ¿Aguantarnos mutuamente los achaques? ¿Cambiar nuestro ritmo de vida? ¿Tutearnos? Creo que éste sería el único cambio...

PRECLARO: ¿Por qué no nos hemos casado antes?